

Sería estupendo poder contar entre nosotros con un escritor de este tipo. Manel Zabala es el que más se le parece, pero hasta ahora le ha faltado aliento para escribir novelas extensas con tramas elaboradas. Otros intentos de adaptar el lenguaje de la cultura de masas (Anna Grau en *El día que va morir el president* o Sebastià Roig en *El cogombre sideral*) han terminado con sonoros fiascos. Lo que mejor ha funcionado son los híbridos de fábula moral y literatura juvenil: los libros de David Cirici (*L'esquelet de la balena, La fàbrica de les mentides, El baró i la leprosa*) y la literatura de monstruos de Sánchez Piñol, que Sergio Vila-Sanjuán conectó, en un artículo impecable, con el *Mecanoscrit del segon origen*. Falta un libro ventrílocuo, de calidad, rompedor, que denuncie todos los abusos a los que nos somete el poder espectacular. El último premio Documenta, *Imagina un carrer* de Guillem Sala (Barcelona, 1974), apunta en esa dirección.

Estimulante fabulación

Sala había publicado hasta ahora un solo libro, de literatura juvenil, *Has vist passar en Puça amb bicicleta?* (2004): una serie de episodios encadenados, a partir de las experiencias de un grupo de chicos en edad escolar. En *Imagina un carrer* encontramos un tipo de narración fantástica, próximo al de la narrativa juvenil, con una voz modulada artificialmente que recuerda la de los falsos relatos inocentes de *Delikatessen*, *Amélie* o de las películas de los hermanos Fesser. El argumento de *Imagina un carrer* tiene también algunas similitudes con *Margherita Dolcevit*: en un pueblo de cuento de hadas (pero con algunos personajes escabrosos), se introduce un invento extraño, el fabuloso Cinemind, que permite contemplar en la pantalla (o en el domicilio personal, gracias a su versión doméstica, el Domomind) los propios pensamientos en forma de *pensícules*. El invento triunfa, los hermanos Hidalgo, concesionarios del invento, se enriquecen con él, mientras que la vida del pueblo se desertiza. Los sabotajes de Nel·lapara tumbar el nuevo poder fracasan una y otra vez.

Imagina un carrer es una primera novela que abre espacios, por su voluntad transgresora, por su apuesta a favor de la imaginación, de la creación de mundos posibles y de la defensa de la facultad de fabular frente a los sueños programados. Sala es sociólogo, domina el tema y lo desarrolla, con referencias a las teorías de Marc Agé y Michel Lacroix. El libro funciona aunque, a mi parecer, le falta una dosis de locura. Una de las características de esta fabulación paródica es la rapidez. De *Mémoires d'un tricheur* y *Miracolo a Milano* a *Amélie*, y de la *13 rue del Percebe* a *El milagro de P. Tinto*, nos encontramos con obras trepidantes que basan su eficacia en la pirueta y el juego de manos. La novela de Sala empieza de manera deslumbrante pero se frena a la mitad, se vuelve demasiado abstracta y termina con un final de literatura del absurdo, sugerente, pero quizás algo cogido por los pelos.

Sala sostiene que la capacidad de imaginar otros mundos nos salva de la mediocridad de la vida cotidiana y nos permite huir de nuestras prisiones, y que la industria audiovisual sostiene contra nosotros una guerra de los sueños, en la que llevamos todas las de perder. *Imagina un carrer* es un libro de un estilo nuevo y estimulante, que nos gustaría que culminara, en nuevas entregas, en una explosión de júbilo, una afirmación de poder y una risa loca, como en las obras de los grandes del género. Seguimos en contacto. |

Poesía Una treintena de haikus del escritor alemán W.G. Sebald con grabados de ojos de otros tantos personajes del pintor Jan Peter Tripp

El poema de las miradas

W.G. Sebald y Jan Peter Tripp Sin contar

Traducción de M^a Teresa Ruiz Camacho y Katja Wirth

NÓRDICA LIBROS
85 PÁGINAS
26 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Me pongo a escribir delante de un libro que rehuye ser contado, tratando de vencer la turbación que me provoca su belleza y su misterio. Es uno de esos libros peculiares en el que, imagino, todo buen editor estimulado por intereses no sólo comerciales sueña volcar su sensibilidad. Nació de la convergencia de dos artistas itinerantes. En los últimos años, antes de aquel fatídico atardecer del 14 de diciembre del 2001 en que el coche de W. G. Sebald (junto a su hija Anna) se empotró en un camión mientras circulaba por una carretera de Norwich, el autor europeo sin duda más relevante e innovador del final del segundo milenio enviaba de manera más o menos regular a su amigo y paisano, el pintor Jan Peter Tripp (Oberstdorf im Allgäu, 1945) que vive en Alsacia, breves poemas, haikus, con los que se proponían elaborar un libro con grabados de miradas. La in-

Desde los aguafuertes nos miran Rembrandt, Borges, Javier Marías, Beckett, Capote o Proust entre otros

abarque las dos y sea inevitable buscar su nexo aún cuando aparentemente no exista. Por ejemplo, en la última página que fija la doble mirada del propio Sebald tras los cristales de los anteojos y al desnudo, con el ceño fruncido, se lee: "Al final / sólo quedarán los / que quedan sentados / alrededor de / un tambor". O el poema que acompaña la mirada fugaz de Kurt Weidemann: "A las once / se reunieron / los de la cruz gamada / en la Theresienwiese / & comenzaron / la instrucción / al mando / de un oficial". En la página 14 sorprenden los ojos bonachones de un perro llamado Maurice (Morris) -¿la mascota de Sebald?- y en la siguiente este pie doméstico: "Por favor envíame / el abrigo marrón / de Rheingau / con el que antaño yo / daba mis caminatas nocturnas". Y uno más, el dedicado a su hija Anna que sobrevivió al mortal accidente de carretera: "Sin contar / queda la historia / de las caras / vueltas hacia otro lado".

le retuvo. / Sin otra cosa que la búsqueda de vestigios, / con una vergueta de zahorí de las palabras / que vibra en su mano". Lo impresionante es que ahora que Sebald no está, leyendo lo que nombran y lo que callan esos textos a primera vista sencillos en su forma y tan conceptualmente precisos que dicen lo que se proponen decir pero ya no cuentan, no necesitan de la coherencia narrativa para que cada pieza y el conjunto de ellas concentren la mirada de Sebald que atrapa el mundo, leyendo esos textos, decía, tengo la impresión de que tal vez al escribirlos Sebald había descubierto en su propio oráculo el anuncio del final. Su sencillez expresiva parece bordear el límite del silencio, la disolución de la palabra una vez cumplida -para mí, fatalmente, a medias- la tarea de haber legitimado como nadie en este tiempo, desde una conciencia moral, la función de la literatura moderna como nexo entre el presente, la memoria extraviada y el ciego futuro. "Así me deslizaba silenciosamente / sin apenas mover un ala / a gran altura sobre la tierra..."

Quienes conocemos, fuimos seducidos, por las anteriores obras de Sebald, desde *Vértigo*, *Los emigrados*, *Los anillos de Saturno* y *Austerlitz* hasta *Del natural (Poema rudimentario)* y *Sobre la historia natural de la destrucción*, y estamos familiarizados con el lenguaje de sus metáforas centrales, sabemos la trascendencia que atribuía a los ojos, a la mirada como instrumento con el que penetrar y revolver en las tinieblas del pasado y del alma humana. Sus ojos húmedos de melancolía parecen escalpelos. No hay más que observar la imagen en escorzo de su rostro en la portada del libro, la mirada oblicua de sus ojos severos puesta en algo tal vez intangible, las arrugas de la frente y las mejillas reveladoras de un hombre que ha vivido en el desarraigo más allá de la vida corriente



De arriba abajo y de izquierda a derecha, Felix Näger, 'La comtesse d'Haussonville' (Ingres), Justine Landat, Truman Capote y Francis Bacon

NÓRDICA LIBROS



tención era que texto e imagen, confrontados, abrieran para el lector o espectador una vía de diálogo cuyo alcance dependería de cómo se supiera leer y mirar esa conjunción de lenguajes primordialmente estéticos.

Al desaparecer Sebald, Tripp se responsabilizó de la composición del libro desplegado bajo el título sugerente de *Sin contar (Unerzählt)*. Contiene 33 haikus que se corresponden con los grabados de otras tantas miradas (ojos) de personajes y amigos comunes, y a cada una de ellas Tripp adjudicó su poema. El diseño apaisado de la edición tiene por objeto que en las páginas pares aparezca el aguafuerte de la mirada y debajo, en las impares, el texto, de manera que la vista

Entremedias nos miran desde sus respectivos subsuelos los ojos de Onetti, Rembrandt, Borges, Javier Marías, William Burroughs, Bacon, Capote, Beckett, Jasper Johns o Marcel Proust. El libro se abre con el poema de Hans Magnus Enzensberger *Un adiós a Max Sebald*, y lo cierra el epílogo inteligente de la redactora del *Neue Zürcher Zeitung* Andrea Köhler, *El paso a través de la oscuridad*. En su ámbito suenan los pasos extrañados de Robert Walser, el incansable caminante solitario reencarnado en Sebald cuando recorre a pie las rutas de Suffolk o se pierde en la memoria de la historia buscando rescatar de la caducidad y el olvido el instante efímero. Enzensberger lo sintetiza así: "Aquí, poco

de los otros. Al verlo uno casi adivina que pasando las páginas va a encontrar en esa treintena de bosquejos literarios, se les llame como se les llame -el distintivo de Sebald es su conciencia rupturadora de los géneros clásicos para fundirlos en una sola expresividad ajena a toda frontera-, la sublimación de toda su poética llevada a extremos sobrecogedores. "Veo / hombres pues / como árboles / sólo que aquellos / van y vienen". Quizá se refiere a los que van a quedar, "sentados alrededor de un tambor". Para leer y releer y mirar y ver y pensar y agradecer a W.G. Sebald que sobreviva a la muerte y al olvido. ¿Cómo olvidarlo si sus palabras retenidas son vitales, irradian perennidad? |